

jando una fatal luz sobre la ciudad, lago y valle, hasta la mas remota choza de las montañas. Era la pira funeral del paganismo, y proclamaba la caída de aquella religion sanguinaria, que como una obscura nube habia estado suspensa sobre las hermosas regiones del Anahuac.» (10)

CAPITULO XX.

Muerte de Moctezhuma: noche triste.

Concluida la gloriosa batalla del gran teocalli, durante la cual en las demas partes se suspendió el ataque como por comun acuerdo de los combatientes para presenciar el importante que pasaba en presencia de los dioses nacionales, bajaron los españoles con la satisfaccion del vencedor, sin que los atemorizados aztecas intentaran disputarles el paso al regreso para sus cuarteles.

Cortés creyó aquella ocasion oportuna para sacar el partido de terminar las hostilidades y mandó invitar al enemigo, para un parlamento. Los principales nobles concurrieron á la gran plaza, acompañados de grandes comitivas de guerreros: y saliendo el general á una de las torrecillas del palacio, le habló á la multitud que escuchaba con atenta curiosidad. «Bien convencidos debéis estar de lo inútil que es vuestra oposicion á los españoles: habeis visto vuestros dioses arrastrados por el polvo, destruidos sus altares, quemados vuestros edificios y muertos millares de guerreros. Todos estos males os ha ocasionado vuestra rebelion. Y sin embargo, por el afecto que aun os profesaba vuestro soberano, á quien habeis tratado indignamente, suspenderé gustoso las hosti-

(10) Prescott.

lidades, si deponéis las armas y volvéis á la obediencia; pero si así no lo haceis, convertiré vuestra ciudad en un monton de cenizas, y no dejaré alma viviente que lllore sobre ellas.» Tal fué el razonamiento que empleó Cortés y que les fué trasmitido á aquellos indomables espíritus, por la meliflua voz de D^a Marina; pero el pueblo azteca sufrido y tardo en irritarse, no se podia contener facilmente cuando se habia roto el dique de su acumulada violencia. No podian negar los hechos que les citaba el general, porque eran ciertos y aun sus terribles efectos los tenian á la vista: aun concedieron, que á la ventaja de las armas españolas, morirían muchos mexicanos por cada extranjero; mas su pueblo era tan numeroso, que fácilmente se cubrian las bajas mientras Cortés no podia reponer uno solo de sus soldados, todos los cuales sucumbirian al peso de sus armas, ó á los horrores de las enfermedades y el hambre. «Los puentes, decian, están levantados y no podeis escapar: pocos de vosotros dejarán de experimentar la venganza de nuestros dioses.» [1] A estas terribles palabras, que sonaron en el oido de los castellanos, como el trueno aterrador que precede á una tormenta, se siguió una lluvia de flechas que como una nube cubria aquellas murallas y los sitiados se llenaron de temor. Aquel supersticioso espíritu con que en los primeros dias fueron vistos los extranjeros como ministros de una divinidad, ya habia desaparecido y los aztecas creyeron ser de su misma naturaleza y agobiarlos con el peso de su número. Este amargo desengaño, la noticia de estar encerrados allí con la rotura de los puentes, los continuos peligros del combate, el dezasón por las vigiliass, la langidez que era consiguiente á la falta del necesario alimento, todo esto fué para el ejército como un toque de muerte, y ante aquel peligro que

(1) Seg. rel. de Cortés pag. 139.

parecia inevitable, se perdió la moral y se notó luego la fatal consecuencia de la rebelion. Los soldados antiguos de Cortés, habian acompañado á su gefe en los dias venturosos de prosperidad, y con ánimo sereno estaban á su lado en los momentos del peligro; pero los de la armada de Narvaez no acostumbrados á vencer ningunas dificultades esparcieron en el campo la division.

El general convencido tambien que era necesario una medida extrema para salir de situacion tan angustiada, serenó el ánimo de sus soldados, con la esperanza de salir pronto de las manos de aquellos furiosos enemigos. Para esto determinó poner en corriente una línea de comunicacion con la tierra firme, y eligió la calzada de Tlacopan que era la mas corta, aunque tenia siete puentes: cada uno estaba roto y vigorosamente defendido por los mexicanos; así es que, para espeditar cada paso era necesario una sangrienta batalla y crecidos esfuerzos para rellenar el canal con piedras y otros escombros, facilitando así el paso á la caballería y los cañones.

Cuando estaba establecida esta línea, avisaron al general que los mexicanos solicitaban un parlamento, con cuya plausible nueva ocurrió luego al lugar donde la comision azteca lo esperaba para ajustar los términos del convenio. Los mexicanos le propusieron, que diera libertad á los dos sumos sacerdotes, para hacerle por su conducto las proposiciones de la capitulacion; y Cortés con la esperanza de poner término á situacion tan desesperada, accedió á esta súplica, que no fué mas de un ardid para sacar de la prision á los gefes de su religion, con objeto de proceder á la coronacion de su nuevo rey Cuitlahuatzin, previendo como sucedió, que Mocteuhezuma muy poco sobreviviria. No habia pasado mucho rato y estaban los españoles entregándose al reposo de las fatigas del dia, esperando el arreglo deseado, cuando llegó la noticia de haberse agitado de nuevo la ciudad,

derrotando tres destacamentos de los que cuidaban el camino restaurado, volviendo á destruir algunos de los puentes reparados.

Cortés con sus oficiales y algunos soldados acudió al punto del peligro, y á la primera carga retrocedieron los mexicanos; pero instantáneamente apareció tal multitud sobre las calles, que la fuerza castellana tuvo necesidad de retroceder en desorden: y al pasar uno de los puentes fué tan ruda la carga de los aztecas, que el general tuvo que hacer prodigios de valor para proteger la retirada de su fuerza, llegándose á ver en tal riesgo, que no dejó de correr la noticia que habia muerto, lo cual habria sido el triunfo para sus enemigos; pero pronto se convencieron de lo contrario. La entrada de la noche, hizo cesar el estruendo de la batalla: y los españoles volvian á su cuartel fatigados, maltratados del combate y agobiados con la consideracion de sus males; recibiendo al llegar la fatal noticia de que Mocteuhezuma estaba próximo á exhalar el último suspiro. Desde que los españoles entraron á México, habian recibido mil pruebas de la consideracion de este desgraciado rey y muchas veces él los habia librado de grandes riesgos; pero por último habia sido víctima de su fatal condescendencia para con los extrangeros, y éstos en su muerte perdian un buen amigo, un constante bienhechor y la última tabla de salvacion que les quedaba en aquel conflicto. (2)

Algunos oficiales acompañados del P. Olmedo, pasaron ante el moribundo rey para convencerlo de que abjurara los errores del paganismo y consintiera en recibir el bautismo: el Padre se arrodilló á su lado presentándole un crucifijo, suplicándole adorara el signo de la redencion; mas él no quizo ni por aquellos momentos apartarse de las supersticiones con que desde su infancia

(2) Bernal Diaz cap. 126.

habia alimentado su espíritu. Mandó llamar á Cortés á su lecho de muerte y le encargó el cuidado de sus tres hijas habidas en sus legítimas mugeres, suplicándole intercediera para con su soberano porque se les dejara una parte de su legítima herencia. No dilató mucho en dejar esta vida que ya era un peso insoportable para su ánimo agobiado con tanta desventura: y Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados: hombres hubo entre nosotros de los que le conociamos y tratábam, que tan llorado fué, como si fuera nuestro padre, y no nos hemos de maravillar de ello, viendo que tan bueno era. (3)

Así acabó su vida aquel gran rey, que lució para su nacion como la luz de un meteoro. Subió al trono en el ardor de su juventud, animado del belicoso espíritu de su nacion y de la ambicion de los que le habian precedido en el poder: por medio de famosas batallas, hizo llegar su poder á una altura á que ninguno de sus antecesores pudo subir: era hábil para el manejo de la intriga y á esto debió en no poca parte poner á su nacion en el apogeo de su prosperidad: fué severo en el cumplimiento de las leyes; y amante de las innovaciones y reformas para circundar su trono de la mayor magnificencia y esplendor. «Cuidaba de hacer respetar su dignidad; y puede decirse que entre los bárbaros potentados del Nuevo Mundo, era tan afecto á ostentar la magestad, como Luis XIV entre los pueblos civilizados de Europa.» [4] Pero su ambicion lo hizo cargar demasiado la mano sobre los pueblos tributarios de la corona y esto fué lo que le hizo bajar el primer escalon de la cumbre de su gloria, pues sin ello, no habian hecho los españoles alianza con los pueblos mas inmediatos á la costa, ni habrian podido introducirse hasta el corazón de su poderoso

(3) Bernal Diaz lug. cit.—4. Prescott. lib. 5.º cap. 2.º

imperio, con la estrema facilidad con que lo hicieron. Con esto se vino á combinar la pusilanimidad y afeminamiento en sus últimos dias, para consumir la ruina de su trono, entre cuyos escombros quedó él sepultado, devorado por los insultos de su pueblo, y éste regando en su despecho las calles de la orgullosa Tenoxtitlan, con la sangre que reclamaban las grandes injusticias ejecutadas en todas las demas naciones subyugadas por la vehemencia de sus armas.

A escepcion de Solis, que empapa su pluma en hiel para describir la muerte de este infortunado rey, todos los historiadores aun enemigos suyos, compadecen su suerte viéndole luchar con acontecimientos, que precipitados sobre su cabeza como un torrente, lo arrastraron al abismo de su desgracia. Cortés despues de llorar su pérdida, hizo vestir su cadáver con las insignias reales y lo mandó á sus súbditos para que le tributaran los últimos honores. Prescott [5] fundado en la autoridad de Gomara, cree que su cadáver fué sepultado en la noche del 30 de Junio en las régias bóvedas de Chapultepec, pues unos lastimosos gritos que se oyeron por ese punto, hicieron creer á los españoles, que por allí se dirigia la procesion fúnebre; pero Torquemada [6] y Clavijero, [7] suponen haberse sepultado en el cementerio de la ciudad de Copalco, en medio del dolor de los nobles y de algunos insultos de la plebe.

Con la muerte de Moctezhuma, habia quedado roto todo vínculo entre los españoles y mexicanos, y era fuera de toda duda la necesidad de que el ejército abandonara la capital, si no querian perecer todos á manos de aquel pueblo enfurecido: solo habia que consultar la hora mas conveniente; y para esto reunió el general en

[5] Lug. cit.—6. Monarq. ind. lib. 4.º cap. 7.—7. Tom. 2.º lib. 9.º

junta á sus capitanes. Como siempre sucede en estos casos; reina una gran division de pareceres: unos creian mas oportuna la luz del dia para no embarazar sus movimientos con la obscuridad de la noche; pero otros hallaban mas ventaja en las tinieblas. El gefe se inclinaba á esta última opinion: y para atraer á ella á todos á fin de que la resolucion fuera unánime, se sirvió de la opinion de un soldado apellidado Botello, que tenia gran fama en la astrología judiciaria, y él habia indicado la noche como mas propia para su retirada.

El primer acto del general una vez acordada la hora de la salida, fué entregar el quinto del tesoro á los oficiales reales, proporcionándoles los medios de salvarlo en cualquiera evento: el resto que pertenecia á él y los oficiales, se abandonó por falta de medios para trasportarlos y permitió que los soldados tomaran de él lo que quisieran procurando no cargarse demasiado, para no estorbarse en la defensa con el peso. Los antiguos veteranos, procuraron tomar algo de un valor positivo y de ligero peso; pero los soldados de Narvaez no bien aleccionados en los peligros y exitada su avaricia con aquellos montones de ricos metales, cargaron cuanto pudieron acomodarse en sus mochilas.

Se mandó construir un puente portátil de madera para atravesar el canal donde los puentes estaban rotos: y llegada la media noche, cuando en la ciudad reinaba un profundo silencio, se emprendió la marcha. Se encomendó la vanguardia á Gonzalo de Sandoval con 200 infantes y debia sostenerse por otra fuerza de infantería y veinte caballos al mando de Ordaz y Lugo: en el centro iba el general con Olid, Morla y Avila, llevando alguna infantería y unos cañones, custodiando los bagajes y prisioneros, entre los que iban un hijo del difunto rey y Cacamatzin rey de Tezcoco: la retaguardia con el resto de artillería y caballos, la cubrian Alvarado y Ve-

lazgo de Leon: los tlaxcaltecas se repartieron entre los tres cuerpos; y el cuidado del puente se encomendó á un oficial llamado Magarino, quien con cuarenta hombres habia de proteger por él el paso de toda la columna.

Quando ya todo estaba listo, el capitán Ojeda recorrió el palacio para que no quedara alguno olvidado de los que estaban heridos ó mas fatigados del cansancio: celebró la misa el P. Olmedo pidiendo la bendición del Ser Supremo; y luego empezó su marcha el ejército. La gran plaza y las calles inmediatas estaban desiertas, y toda la ciudad entregada á una profunda calma: la mayor precaucion en los gefes no podia evitar el ruido de los caballos, de los cañones y de las armas; pero á pesar de esto parecia no haberse turbado el sueño á que los mexicanos estaban entregados. Las tinieblas de la noche se aumentaban con una pesada niebla, que hacia á cada paso figurarse en las sombras las fantásticas figuras del enemigo: así pasaron por las calles y empesaban ya á entrar en la calzada, creyendo escapar del terrible ataque en que se figuraban ser todos víctimas. Quando los sacerdotes encargados del servicio nocturno de los dioses, advirtieron el movimiento, luego desde las cúspides de los teocallis hicieron resonar sus lúgubres instrumentos. Al ronco ruido de aquellas trompetas y al tremendo vibrar del tambor, sonidos solemnes que solo se hacian escuchar para anunciar una próxima calamidad, se conmovieron todos los ángulos de la ciudad y las aguas del lago, cuya calma hasta entonces habia hecho armonía con la tranquilidad de toda la naturaleza.

Los españoles conocieron el próximo peligro, y anduvieron con la mayor brevedad, colocando el puente en el primer canal que cortaba la calzada; pero apenas habia pasado la primera division del ejército, cuando se empezó á oír un ruido como el que anuncia una lejana tempestad. Con mucha velocidad se aproximaba y crecia aquel

rumor en tierra, á la vez que la quieta superficie del lago se agitaba por muchos remos: algunas flechas y piedras sonaron en las rodelas de los castellanos, como las primeras gotas de la lluvia; y aun no podia desfilarse todo el ejército por aquel estrecho puente, cuando el número de flechas y piedras era tal, que hacia un estrago como el de una recia tormenta, acompañado de aquellos alaridos y gritos salvajes, que hacian estremecer hasta los cielos. El ejército empeñado en salir de aquella peligrosa situación, ponía sus afanes en la marcha, no haciendo uso de sus armas, sino para defenderse de los que de las canoas saltaban sobre la calzada.

Llegó la vanguardia á la segunda cortadura, antes que la retaguardia acabara de pasar la primera: contenida la marcha del ejército, presentaba su gran masa un punto seguro para los tiros del enemigo, y á los golpes de las macanas y maquahuitl aztecas era excesiva la mortandad. Al fin pasó el puente el último soldado: y el esforzado Magarino que habia resistido con serenidad el terrible choque, probó á quitar con sus cuarenta hombres el puente, para trasladarlo á donde con urgencia lo reclamaba la vanguardia; mas el peso de una grande columna habia adherido de tal modo las vigas al suelo de la calzada, que despues de grandes esfuerzos, les fué imposible arrancarlo. Esta fatal noticia se comunicó por toda la línea y comprendiendo todos su terrible posición al ver obstruida su retirada, se lanzó un grito de desesperación, que sobrepujó al estruendo de las armas y á la espantable grito de los aztecas: en el mismo acto se perdió la disciplina y todo fué confusión, siendo estéril la voz de los gefes para ordenar aquella muchedumbre insubordinada á causa de su grave peligro. Sandoval y Ordaz se arrojaron á la agua, y fueron seguidos de muchos de sus compañeros; pero muchos no tuvieron la buena suerte de llegar al lado opuesto del canal y algunos

aunque podían hacerlo, eran de nuevo precipitados á la agua por los mexicanos que defendian la orilla contraria.

Allí ya cada uno buscaba el modo de salvarse, atropellando con cuanto se le presentaba delante, sin cuidarse de distinguir los amigos de sus contrarios: los mexicanos mas cercanos saltaban á la calzada á luchar cuerpo á cuerpo con los españoles y muchos de estos desgraciados, eran llevados á las canoas, reservándolos para los bárbaros sacrificios. Un horroroso clamor ocupaba todo el lugar de aquella sangrienta lucha: los ayes doloridos del moribundo eran confundidos con las crueles imprecaciones de venganza; y las fervientes súplicas á la Madre de Dios se perdian entre los acentos de la desesperación. La multitud de canoas, que surgian de todas partes trayendo nuevos refuerzos al combate, chocaban furiosas contra la calzada, renovándose á cada momento el ardor de los combatientes: Cortés acudia á todas partes, Alvarado y Velazquez de Leon, resistian bizarramente su retaguardia, y Sandoval y Ordaz con sus espadas habrian el paso para la marcha del ejército: el segundo foso se fué llenando con los cadáveres y bagajes, de modo que la retaguardia pudo pasarlo sin dificultad.

Cuando Cortés llegó al tercer foso, que aunque menos defendido era mas ancho que los anteriores, la desordenada columna habia detenido su marcha, y Sandoval la animaba para arrojarse en el agua: el ejemplo del general y sus capitanes fué seguido de todos, salvándose unos á nado, otros asidos á las colas de los caballos y no pocos perecieron sumergidos en el agua, al peso de sus mochilas cargadas demasiado con los despojos del tesoro.

Habian pasado ya algunas horas de aquella fatal refriega: los primeros rayos de la luz matinal empezaban á disipar la densidad de las tinieblas, á presentar en su aterrador aspecto el cuadro de aquella sangrienta lucha;

y á la vez que ponía á la vista de los fatigados españoles el deplorable estado de su ejército, los hacia ver las enormes masas de sus enemigos, combatiendo con tal furor que parecía la tierra movida por un fuerte sacudimiento, á la vez que las aguas del lago conducian miles de canoas, trayendo nuevos guerreros para dar término á tan espantosa escena.

Consolaba al general, ver que ya poco faltaba para sacar los desordenados restos de su ejército de la incomodidad de la calzada, y que proporcionalmente iba disminuyendo lo rudo del combate; mas tuvo noticia del gran peligro en que se hallaba la retaguardia, y acompañado de sus oficiales y soldados, volvió al teatro de la acción, abriéndose camino por entre la multitud y pasando á nado el foso que acababan de salvar. Llegaron á donde era mas comprometida la refriega, y hallaron á Alvarado pié á tierra, pues el caballo que lo habia conducido á tantos triunfos habia caido á sus piés por las armas de los mexicanos de que estaba rodeado y con quienes sostenia una reñida y desesperada lucha. Al principio la artillería abrió grandes brechas en las confusas masas en que se presentaba el enemigo; pero fué tal el número y la impetuosidad de los aztecas, que fué imposible contenerlos: pues los de atras empujaban á las primeras filas, y los españoles ya estrechados contra el canal, habian abandonado los cañones y hasta sus mosquetes y espadas, para desembarasarse de todo objeto y buscar la salvación en la fuga. A la llegada de Cortés y sus compañeros, Alvarado y sus desordenadas tropas cobraron nuevo brío, y por un momento hicieron retroceder algo á los mexicanos; pero éstos dando otra carga, oprimieron con su muchedumbre al corto número de caballeros castellanos, quienes para escapar, tuvieron que arrojar al lago. En este aprieto, Alvarado no podia hacer lo mismo, porque sin su caballo, era impo-

sible seguir la suerte de sus camaradas, ni podia resistir mas tiempo: la misma dificultad de la situación, lo hizo adoptar un partido extremo y que casi sobrepujaba á lo natural; y apoyando su lanza en los mismos escombros de que se habia llenado el canal, armó un brinco, con el que salvó el foso y su vida; dejando asombrados á los indios, que llenos de admiración exclamaron. ¡Este es verdaderamente el Tonatiuh, el hijo del sol!

Pasando aquel último foso, disminuyó el encarnizamiento de los mexicanos, que se ocuparon de recoger el despojo de que estaba regada toda la calzada: el general y sus compañeros puestos á la cabeza de los restos de sus tropas, pudieron seguir su camino ya sin graves molestias y pronto estuvieron en los suburbios de Popotla. Allí se bajó el general de su caballo y sentado en una piedra, vió pasar á su frente su destrozado ejército ya sin artillería, que era la arma terrible, que esparciendo la desolación y la muerte en las filas enemigas, les daba tanta superioridad: casi acabada la caballería, que tanto temor habia causado á los naturales; y ya su infantería tan reducida y maltratada, que no dejó de consternar vivamente á su gefe, quien se cubrió el rostro con las manos y derramó amargo llanto á presencia de las calamidades de aquella infausta noche, que la historia ha designado con el epíteto *de noche triste*. (8)

CAPITULO XXI.

*Marcha de los españoles: batalla de Otompan:
su retirada á Tlaxcalla.*

Grande fué el estrago que en el ejército español produjo el terrible combate de la noche triste; sin embargo,

[8] Bernal Diaz cap. 126. Torquemada lib. 4.º cap. 72. Clavijero lib. 9.º pag. 103 á 112.